

LIVRO

CAPÍTULO XVII.

UN REY, UN NAÍPE, UN LOCO Y UN DEMONIO.

CIX.

Quede á los cronistas la narracion de los públicos sucesos cuya influencia definitiva determina el carácter de los distributivos y privados.

Un libro en que hoy se hablase á la par del corazón, de las aspiraciones y de los desengaños de un Don *Fulano de tal*, derivándolos principalmente de la actitud de lo que se llama la cosa pública, seria un libro singular.

Su autor no podria menos de ser considerado como un loco.

Las palabras *¿y qué?* forman la expresion del bienestar de muchas gentes.

Son la última salida de la conviccion derrotada.

Llegó un dia en que Antonio no tuvo dinero.

Despues llegó otro dia en el cual Antonio no tuvo nada.

Entonces se acordó del paraíso.

Pero lo que se llama *la calle de enmedio* no produce árboles frutales.

Entonces se dijo Antonio:

—«De las doscientas mil almas que hay en México, ciento cincuenta mil, á lo menos, viven de trabajar.

«El trabajo, este escamoteo sublime de lo que se necesita, á trueque de lo que no se necesita y necesitan otros.

«¿A cómo pagarán las rarezas en la plaza?

«Los hombres hemos nacido con las manos muy grandes, sin duda porque las mujeres han nacido con los piés muy chicos.

«Piedad me desprecia.

«Eugenia me compadece.

«Chucha se me entrega.

«Las dos primeras tienen los atractivos, la belleza, la fascinacion de unos ángeles.

«La segunda tiene la hermosura de un demonio.

«Pero yo he nacido demasiado caballero, mi alma es demasiado gran señora para sujetarla á diez minutos de lupanar.

«Y demasiado *progresista* para limitarse á adorar diosas de mármol puramente *paganas*.

«Me siento un poco Praxiteles.

«Phryna era linda.

«Pero Eugenia no es una cortesana.

«Ni es posible tampoco ni necesario *largarse* hasta Tebas para arreglar cuestiones amorosas.

«Porque yo estoy enamorado de.....

«¡Oh!..... yo estoy enamorado de Eugenia; sí, de Eugenia, la de los trages de *moirée*, la de las perlas y brillantes, la aristocrática y arrogante Eugenia.

«¡Qué mariposa tan llena de colores, de cambiantes y de miel que es ella!

«Con estas greñas, con estas patas y con estos codos rotos, no puedo *presentármele*, sino para arrancarla un

«¡Puff!.....

«¡Cuánta poesía hay en mi corazón, Eugenia, si vieras!
 «¡Oh! Pero la poesía no se ve.
 «¡Vamos! Mas que de Apolo, necesito un D. Rafael Salin* ó cosa semejante.
 «Necesito ser bicho de pluma por dentro y por fuera.
 «Un rey gritó:
 «¡Mi reino por un caballo!»
 «Y yo digo:
 «¡Mi corazón por un trapo limpio!»
 «Eugenia es encantadora.....
 «¡Pero estoy tan.....!»

En estos momentos entró Máximo, se sentó gravemente y dijo:

—Por María Santísima, Antonio, vé á ver lo que haces, porque estás indecentísimo ya.

—Bien, y ¿qué he de hacer?

—Aceptar.....

CX.

Estos arranques intempestivos eran del todo peculiares al carácter de Máximo.

Solia precipitarse sobre el espíritu descuidado de su amigo, y hacer presa.

Máximo discutía poco y obraba mucho.

Era hombre de ideas y de proyectos.

Sabia, por otra parte, vivir.

Máximo vivía *de hecho*, por expresarnos así, y vivía con la inflexible independencia de sus pocos y exactos principios, sin abrir la puerta á las teorías.....

* Sastre frances.

—¿Aceptar qué?—le preguntó Antonio sorprendido.

—Todo lo que se te ofrece.

Máximo aludía al *paquete* de «gloria y honores» que su amigo recibiera.

—Gracias por el consejo, contestó este; pero apenas puedo comprender cómo tu dedo de amigo pueda apuntarme hácia un abismo, pretendiendo encaminarme hácia el porvenir.

—Un abismo de *oro y rosa*, como tú dirías, dijo Máximo haciendo vibrar entre sus labios una sonrisa no poco despreciativa.

—Pero ¿no sabes que allí adonde me llevas, está la traición, la vergüenza, el oprobio?.....

—Nunca está el oprobio en el dinero. Ese papel timbrado con las armas de un rey, ese *cartapacio* redactado en las exactas frases del lenguaje oficial, es para tí dinero, puro oro..... compréndelo.

Vas á volver lindos cuerpos de tus sombras chinescas; tu mitología va á ser mundo.

¡Goza un tantito, Antonio!..... Ya pareces un cadáver.

Elige entre el Emperador y un camilo.

¿Quién te puede decir nada por la hoja de higuera que se te manda desde un palacio que poco te importa esté construido, ya dentro del cuadrilátero ó bien á tiro de fusil de tu casa?

—Pues señor.....

—Ha llegado á México un archiduque que se pasea delante de todos apoderándose de todo.

Tú vas, y á *tentujos* le escamoteas algo del bolsillo de su chaleco.

Es una oportunidad de oro, medio envuelta en el pobre guiñapo de un pecado cuya absolucion no requiere un Santo Padre.

Desde luego yo te absuelvo de culpa y pena.....

No sino *inmacúlate*, y verás que venidos otros tiempos,

D. Benito y los suyos sabrán matarte de hambre.

Inmacúlate, y los hombres de la República, ó mejor dicho, los hombres del Gobierno, preferirán muchas veces á los *maculados*.....

Porque en verdad en verdad te digo, que te esperan cruces y ayunos.

Antonio, como ya demasiado lo hemos visto, carecia de lo que nadie puede impunemente carecer en este mundo, so pena de carecer de todo.

Esto es, Antonio no tenia un ápice de táctica.

Tenedla, y vivireis bien.

Vivid para vosotros mismos como se os antoje; pero para el mundo emplead el arte, y el mundo os pasará todo.

Esta puede, á nuestro juicio, ser una observacion hecha muy á solas.

Porque el mundo es un juez al que no es lícito externar sus opiniones.

Y en tal sentido, puede bien decirse que este libro es un libro dicho en secreto al mundo entero.

¡Oh! ¡si nos fuese posible llamar aparte al mundo, suplicarle que *nos dispensase una palabra*, y decirle la verdad en presencia de él, de todo él!.....

— «No vas á servir á Maximiliano,» le habia dicho Máximo. «Es Maximiliano quien va á servirte á tí.....»

¿Le harás un desaire?

¿Qué diria S. M. si tú no quisieras aceptar esta cruz, esta invitacion y este empleo?

Te da el naipe, y el naipe es un rey.

CXI.

Para que nuestro amigo dejase de ser excéntrico, era enteramente preciso que dejase de ser Antonio.

Y hay hombres que, esperando su segundo nacimiento, son asaltados por la vejez y por la muerte, y caen al sepulcro abismados entre los escombros de los extremos.

Antonio quedó despues de aquella nueva charla de Máximo, como quedaba siempre que Máximo le charlaba;

Aturdido.

Sabia Máximo imprimir tales sacudidas al espíritu de Antonio, que le mareaba.

Los conceptos de aquel bárbaro no dejaban de entrañar un fondo profundamente filosófico.

En sus frases, á medias irónicas, á medias sinceras, y siempre terribles, habia alas, habia rumores, habia zumbidos, y Máximo envolvía á Antonio dentro de ellas como dentro de un enjambre de moscardones negros y dorados.

Arrebataba aquella alma y la llevaba á volar por todas partes.

Pero la soltaba en seguida, y aquella alma caia de golpe sobre la vida y se medio mataba.

Esto iba siendo ya muy á menudo.

Cuando Máximo le hablaba de las cosas reales de la vida, Antonio creia percibir en la voz de su amigo no sabemos qué vibracion muy semejante á la de dos piezas de oro chocándose.

Hasta su mirada solia tener una elocuencia tan expresiva é insinuante, que nuestro jóven creia ver en sus pupilas animadas por la conversacion, un par de escudos pegados en

aquella cara, en una singular confirmacion de aquel concepto:

«Los ojos son el espejo del alma.»

Cuando Máximo le dijo:— *Acepta;*

Agregó, como hemos visto, una singular parte expositiva á aquella palabra.

El rey era la *carta fatal* de Antonio.

La vida de Antonio, extravagante combinacion *birjánica*, le habia producido dos reyes.

El primero le habia dado algunas sumas de dinero.

Y ahora se le ofrecia todo en nombre del segundo.

Todo.

No hemos dicho mal, supuesto que es todo, para un hombre como Antonio, poseer la suma suficiente de dignidad, decoro, honores y dinero para adquirir lo que formaba el *todo* de nuestro jóven:

La realizacion de sus mas gratos ensueños.

Aquel gran *cartapacio* que le llegara, era un salvoconducto para su corazon.

Pero habia llegado á sus manos sellado, con *griphos*, águilas exóticas, armas raras.

Y solia venirle, aunque de un modo intermitente, esta idea:

¡Quizá sea *esto* una equivocacion!

Esto, es decir, una *cruz*, un *nombramiento*, una invitacion para bailes y festines en palacio.

Se volvió medio loco algunos momentos.

Le parecia que le invitaban á comer y á bailar desde el castillo de Miramar.

Pero aquello venia desde el palacio nacional de la República mexicana.

Vió á lo lejos los talegos imperiales con la boca entreabierta cual si sonriesen.

Mas lejos, en segundo término, habia *bouquets* de ilusiones con sus precios.

Para llegar á los segundos, era enteramente preciso pasar por los primeros.

No se presentaba otro camino.

¡Ah!!!

Id ahora á esperar á que vuestras flores se marchiten!....

El becerro de oro se ostentaba con toda su profana y siniestra majestad.

Temió Antonio y tembló en presencia de la tentacion.

Mas tarde los hombres de la República habrian de reprocharle su abnegacion quijotesca y ridícula, como una virtud demasiado alta para este mundo demasiado vulgar y egoista.

CXII.

Maximiliano acostumbraba acompañar su retrato fotografico á los diplomas de las personas á quienes condecoraba.

Tenia un aire bondadoso, aunque lleno de esa seriedad peculiar de todos los de su raza.

El labio inferior del presunto Emperador, caia de un modo exagerado, dejándose ver entre las crenchas de oro de su barba derramando una continua sonrisa.

No era posible que brotara otra expresion de aquella boca.

Aquel hombre, cuya agigantada estatura descollaba entre el inmenso círculo de sus aduladores y de sus amigos, iba siempre formando una marcada antítesis entre su carácter verdadero y la sencillez que aparentaba.

Es innegable que aquel hombre con su extraordinaria amabilidad, pudo arrojar de sí una extraordinaria fascinación.

Era preciso un temple superior para evadirse de ella.

Sus limosnas y sus caricias le produjeron un gran dato: Cierta adhesión de parte de lo que todo el mundo llama decorosamente «las masas,» no queriendo llamarle «el pueblo bajo.»

Era una especie de divino Salvador, que sin pronunciar una sola palabra, se presentaba en ambos palacios, en la calle y en todas partes con un aire que creemos bien pudiera expresarse con estas palabras:

O vos omnes qui laboramini et onerati estis, etc.

Pero ya antes hemos indicado, aunque muy pasajeramente, bajo qué abstracciones deben ser juzgadas las simpatías á que el jóven Hapsbourg pudo ser acreedor.

«¡Bien hecho!»

Dijo el mundo cuando supo su muerte.

Unos llevaron luto ostensible.

Otros interior.

CXIII.

Nuestros lectores querrán seguirnos de la mano en los diversos episodios de esta historia de un corazón y una cabeza.

Máximo había salido á la calle y Antonio se había encerrado en su aposento.

El primero se dirigió al Palacio, entonces llamado Imperial.

El segundo tomó un pedazo de papel y se puso á escribir una carta dirigida á una persona del Gobierno.

Y el Gobierno estaba entonces lejos, muy lejos; tanto, que se había colocado ya fuera de tiro del cañon *intervencionista*.

En aquella carta acusaba Antonio á Maximiliano de que le quería *hacer algo*, empleando el mismo tono de un muchacho de escuela que denuncia una diablura.

Quería irse á la frontera.

Aquel escuálido racimo de miembros pretendía evadirse de nuevo, sin otra aspiración que la de *inmacularse* en lo posible, sustrayéndose á la influencia del cielo *imperial*.

El cielo imperial, que llegó á ponerse azul y á parodiar serenidad inalterable ofuscando á tantos.

Antonio se presentaba al Gobierno desde México, y suspiraba por el *matalote* y el *trabuco*.

Pedia en su carta una mano que lo salvase de un abismo coronado de oro y flores.

El Imperio le metía en un talego lleno de oro, y Antonio pugnaba por evadirse gritando un

De profundis clamavi ad te

Que no fué escuchado ni atendido, pues que el Gobierno estaba demasiado lejos para ocuparse de oír ni de atender tales cosas.

Había pasado la época de los bailes del Saltillo.

En consecuencia, nuestro jóven apetecía de buena fé el ostracismo, el desierto, la muerte.

Pensó en el «Bolson de Mapimí» como cualquiera otro en su caso mismo y en distintas épocas, hubiera pensado en las Thermópilas.

Aquellos papeles del Emperador le inocularon no sabemos qué de espartano.

¡El Bolson de Mapimí!

En aquel océano de arena se engolfó la dignidad nacional dentro de una cáscara de nuez.

Las sombras de nuestros antepasados, de los primeros hijos de la libertad mexicana, los genios á cuyo soplo la Patria fué, guiaron al Gobierno por el océano de polvo; y Napoleon, y el hijo de cien reyes, y la ilustrada opresión que se ejerciera sobre México, no bastó para mandarnos un Chrystophorus Colombo que se encargara de descubrir la América reasumi-

da en el *Indio* Juarez, que es grande por *algo*, que es mas grande por mucho. Lo *mucho*, es decir, lo indio, y como indio vencedor.

(Lejos del carácter y voluntad del autor adular á Juarez ni á nadie.)

Si mas tarde la política de Juarez no le imprime el mérito que nadie le negó durante la intervencion, calificado está por el mundo.....

Nuestro jóven sintió que la patria le subia á la cabeza.

Y es que nos engrandece tener algo grande que desdenar.

La carta de Antonio, desde la palabra «Señor» hasta la firma, revelaba una notable ingenuidad.

Chispeaban, por decirlo así, las frases como un tiroteo.

Allí iban manuscritas la sinceridad y el entusiasmo.

Antonio tenia miedo de llegar á experimentar toda la influencia de la tentacion.

La tentacion, que venia envuelta en aquella especie de cartucho de cosas buenas,

que lo eran sin duda, supuesto que tenemos que lo bueno es relativo.

Selló su carta.

La lanzó.

Esperó.

A Antonio se le empleaba en una de las secretarías de Estado.

El secretario de aquella secretaría era hombre de poca paciencia y nada irresoluto.

Un anciano grave y austero de los que *creyeron* y *no fueron* salvos.

A los pocos dias del nombramiento de Antonio, el ministro mandó que nuestro jóven se presentase á cumplir.

Antonio fué citado de un modo breve, exacto, terminante.

No habia subterfugio ni evasiva posible.

Si hubiese pronunciado una palabra, *acepto*, aquella palabra hubiera volado á sellarle la frente como una marca ignominiosa.....

Máximo le preguntó una tarde simplemente esto:

—«¿Qué sucede?»

Antonio no contestó.

Y á poco rato, ambos, asidos del brazo y sin decir una palabra, salieron «á dar una vuelta.»

La Alameda estaba magnífica. Se habia trasformado esa tarde en un verdadero canastillo lleno de rosas y verdura.

Por todas partes se deslizaban muchachas seductoras.

Por todas partes ardian los ojos y sonreian los labios.

Todo estaba entreabierto, húmedo, fresco y voluptuoso.

Revelaban todos hallarse bien.

Antonio olvidó algunos momentos que se hallaba mal.

Llegó á sonreir distraido y pensando que la vida era algo distinto de lo que es la vida.

Suele México en sus peores circunstancias apechugar con un giron de filosofía y velar su cara con una mascarilla color de rosa.

En una de las calles de la Alameda, ambos jóvenes distinguieron á lo lejos á Piedad y á Eugenia, que venian asidas del brazo y departiendo amigablemente.

Esta, al descubrir á Antonio y á Máximo su compañero, se puso ligeramente roja.

Aquella ligeramente pálida.

Eugenia inclinó ligeramente la cabeza y Piedad la volvió del lado contrario, pero con la mayor naturalidad del mundo.

Antonio vió que habia sido visto, y sintió que una *flama* le abrasaba el semblante.

Máximo siguió *maquinalmente* silbando una marcha austriaca muy en boga.

— ¡Cada día está mas linda Eugenia! — dijo á los pocos momentos volviendo la cabeza hácia donde iban ambas jóvenes.

Casi al mismo tiempo que Máximo, Eugenia habia vuelto la cabeza.

Antonio, al notarlo, se puso densamente pálido y arrojó un profundo suspiro.

— No se ha de haber vuelto para verme á mí. — pensó sintiéndose completamente humillado, y sintiendo tambien que una melancolía mortal invadía su corazón.

Después creyó que Máximo sonreía con cierta fatuidad impertinente.

Algo muy amargo le oprimió el alma. Algo muy innoble le hizo temblar.

Máximo iba muy bien puesto y él muy mal.

Tuvo envidia de las ropas y del continente de su amigo.

Al acercarse al lado de la Alameda que da frente del convento de San Diego, se volvieron ambos bruscamente para regresar al centro por otra calle.

En la *glorieta* estaba un oficial francés con una muchacha elegantemente peinada y llena de flores, cintas y coloretos. Era Chucha.

Chucha, el último y grotesco redentor de las tontas culpas de Antonio.

Solo faltaba en aquel fragmento del cuadro de su vida una figura, y esta figura pasó á lo lejos.

Maximiliano.

El archiduque imperante, el Emperador archiduque, el *Nos* austriaco incrustado en México como una rara piedrezuela

añadida al *tableau mosaique* de nuestras revueltas y de nuestras extravagancias políticas.

El «Emperador» iba haciendo *cortesías* y saludando á todos sus consabidos «vasallos» con su sombrero *papier maché*.

Antonio creyó que le habia saludado directamente, y murmuró con cierta vocecilla inexplicable un

— *Buenas tardes, señor,*

Que hizo sonreír á Máximo de una manera terrible.

— ¡No es *chocante* este muchacho! — añadió Antonio á los pocos instantes, muy serio y aludiendo á Maximiliano.

— *Mn! Mn!* — murmuró Máximo por única respuesta, y siguió sonriendo de una manera insultante.

Pero Antonio no hizo caso.

A pesar de sus trapos viejos, de la sonrisa de Máximo, de la circunspeccion de Eugenia, nuestro jóven sintió que el demonio de la altanería se anidaba en su pecho.

¡Tenia derecho para colgar una cruz al ojal estropeado de su andrajosa levita!

Por otra parte:

¡Qué barbaridad de Piedad con haber vuelto la cabeza y revelarse tan indiferente!.....

¡Una cruz de oro en un guñapo de levita!

¡Sílfides, acorred!.....

.....Suele el cielo enmarañarse como la cabeza de un loco.

Cuando las nubes se usan, se gastan, se rompen, y en medio de este muladar de vapores, de esta mendicidad de códigos rotos que se nota en la altura, de este inmenso cesto de trapero que se ha desparecido por el espacio, tiemblan ricos, vibrantes y valiosos mil brillantes luceros, deseos vienen de increpar al *Señor del éter* por sus harapos y por sus diamantes, y decirle:

— « ¡Hombre, por Dios, qué desfiguros!..... »

Y nuestro jóven al pensar esto, rió de un modo burlon de su levita, de sus amores, de sus condecoraciones y de S. M.

Y murmuró entre dientes:

— ¡Qué gente decente tan ordinaria soy yo!

Y suspiró con uno de esos suspiros de Antonio empapados en lágrimas interiores.

Eugenia habia pasado por allí muy elegante.

Cuando la vió Antonio, dijo para sí:

— *Acepto.*

Y fué que el magnífico tocado de Eugenia, su elegante manteleta de *gró* y sus pequeños botines de seda, fermaban un contraste con *las fachas* de nuestro amigo; y la susceptibilidad nerviosa y sentimental de Antonio era compatible con todo, menos con las antítesis terribles en medio de las cuales se apuesta un corazon como una parada á un albur.

Y Antonio, temblando de miedo, habia apostado su corazon y lo aproximaba un poco *al rey*.

La tarde seguia serena, voluptuosa y perfumada.

Parecia que coqueteaba enseñando los hombros por las suaves y risueñas cumbres de las colinas, y los lindos piés por entre las rosas de los vergeles y las linfas de los arroyos que murmuraban como besos al pasar.

El crepúsculo empezó á *indicarse*, por decirlo así, como una promesa de sombras, de misterio, de noche, de amor.

Antonio, que estaba enamorado, hacia tiempo que habia perdido la cabeza.

Esa tarde acabó de perder el corazon, y lleno de esperanzas y deseos, se volvió á buscar á Eugenia.

Eugenia habia desaparecido.

Máximo seguia sonriendo de un modo tan tenaz como impertinente.

Tambien Máximo se cubria á los ojos de Antonio, de crepúsculo, de sombras, de misterios, pero terribles.

Antonio empezó á no querer verle de frente, sino de lado y como al soslayo.

De la misma manera, y al regresar, observando la invariable sonrisa de su amigo, le hubiera Antonio dado un *sosquin*, sin darse verdaderamente cuenta por qué.

CXIV.

Aquella tarde habia producido una influencia acariciadora y habia derramado suavidad y perfume en todas partes.

Habia flores, porque en México siempre las hay.

Y acontece que las flores del verjel suelen hallarse en íntima relacion con las flores del alma.

Se habrá comprendido que somos desesperadamente soñadores; y así pues, cuando una camelia purpúrea, fresca y esbelta sonríe desatándose sobre su tallo, solemos aproximarla delicadamente á nuestros labios, y nos parece oír que estallan todos los besos mas enamorados de los amores.....

Y ¿quién no recuerda entonces á *ella*?

Piedad habia venido á pasar en México una temporada y prolongaba su permanencia en México, viviendo cerca de la casita de Eugenia en San Cosme.

Piedad, artista espontánea, habia encontrado un *no sé qué* armonioso y agradable en aquella hermosa jóven y en aquella casita simpática, en la cual habia un jardín interior.

Los jardines interiores tienen un misterioso atractivo: